

La desaparición del arquitecto de barcos

© 2026 Clara Guerrero

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin autorización previa y por escrito del autor, salvo las excepciones previstas por la ley.

Primera edición: 2026

Publicado a través de Amazon Kindle Direct Publishing.



Clara Guerrero

La desaparición del arquitecto de barcos

Prólogo

Por Júpiter el principio

¡Silencio mortales! Vosotros queréis que yo os sea propicio y os proporcione riquezas en la tierra; lo mismo os pido yo por mi parte ahora, que guardéis silencio durante esta historia y que seáis para ella equitativos, porque también decís que nadie puede partir de mis dominios sin ser castigado. Comencemos por el principio, como manda la costumbre antigua: alabemos, pues, a Júpiter, al padre de los dioses, por orden de quién vengo y al mismo tiempo os daré mi nombre: Plutón, rey del Inframundo. Júpiter, me ha enviado a vosotros con un ruego: narrar esta tragedia y explicar su trama, para que veáis lo que ocurre cuando la ambición se convierte en secuestro.

No os alarméis, no vengo a llevarme a nadie —por ahora—. Ya tuve bastante con Proserpina ¡Ah, qué escándalo se armó! ¡Todo por un rapto! Pero después todos contentos, porque ella es la semilla de las cosechas y cuando nos unimos germina la tierra.

Pero me estoy quejando de cosas ya viejas, os voy a ofrecer una historia antigua en una forma nueva. Vuestra cruel y feroz tierra ha sido testigo de un secuestro moderno, sí, pero tejido con hilos antiguos. Hay engaño, hay ansia, hay un descenso a mi morada eterna y como buen anfitrión de lo oculto, Júpiter me ha ofrecido a presentaros esta *fabula praetexta*, o *thriller* como diríais hoy. Asimismo, me ha dicho también Júpiter contra mi naturaleza, que adapte mi lenguaje al vuestro actual y, de manera semejante, que convierta vuestras fechas y horas. Y que representemos la obra, no como una construcción dramática, sino a vuestro estilo mundano, porque me informan Melpómene y Thalía —¡qué degradación!— que ya no acudís al teatro y vuestra sensibilidad no alcanzaría a comprenderlo.

Ahora abrid bien los ojos y no os fieis de las apariencias ¡Poned atención que merecerá la pena! En esta obra, como en la vida, lo que aparenta ser luz puede ser sombra...y lo que aparenta ser sombra...

Acto I

Escena I.

Doy para que des

Parada de taxis. Julia y Marcos.

El sábado 29 de septiembre de 2012 de vuestra era, en la ciudad del mundo terrenal que conocéis como Barcelona, resultó violentamente lluvioso.

Uno de los protagonistas de nuestra historia, Marcos, un chico de unos veinticinco años, había acudido andando hasta una parada de taxis situada en el *Passeig Marítim* de la Barceloneta, pues en la de *Port Vell*, donde se celebraba el Salón Náutico de ese año, le había resultado imposible tomar uno.

Mientras avanzaba, protegiéndose sin gran fortuna de la lluvia, llevaba todo el día con la incómoda sensación de que alguien le seguía en la exposición: en la zona de los yates, entre los puntos de ventas y *stands*, en la cafetería a la hora de comer...incluso en ese preciso momento.

Era tal el aguacero que, por desgracia, para un enamorado del mar como él, no le permitió disfrutar de las magníficas vistas litorales que la ciudad condal le regalaba. Empapado y un poco desorientado, se encontró con nuestra otra protagonista, Julia, una chica de unos treinta y cinco años, completamente seca y provista de un buen paraguas, que, con decisión, ya había detenido un taxi desde el otro lado de la calle, sin darle oportunidad de que parara donde él esperaba.

Aun cuando el dicho afirma que “*las pelirrojas se parecen entre sí*”, Marcos no lo creyó al ver a Julia. Había algo distinto en ella, algo que lo detuvo. No quiso interrumpirla ni impedirle que se fuera en el taxi. Pero ella, persona

observadora y siempre atenta, lo vio desorientado. Alzando la voz por encima del ruido de la lluvia, le dijo desde el otro lado de la calle:

—Voy al aeropuerto que tengo un vuelo a las 16:30 y creo que ya no llego, pero si vas a algún sitio de camino, lo compartimos.

Él se aproximó al taxi y le contestó:

—¡Qué maravillosa coincidencia! ¡Yo voy al Aeropuerto, a la Terminal 1!

—Yo también, sube entonces.

—Pero pago yo, que me ha salvado —tratándola de usted y ya a su lado—, si pierdo ese vuelo, también pierdo una conexión que tengo posterior en tren desde Atocha.

—De ninguna manera, pago yo, sigue siendo mi taxi, por más que te permita subir —le replicó ella con ironía.

—Permítame que insista.

Sorprendida por el tono de educación accedió en estos términos:

—Acepto, pero sólo si me apeas el usted y me dejas que te invite a un café en el aeropuerto, si nos da tiempo.

—Hm, conociendo los precios de El Prat, le va a salir más caro que el taxi...quiero decir...te va a salir más caro.

—No te quito la razón, es para pensármelo.

Y rieron juntos por primera vez.

Escena II.
Después de las nubes, Febo

En el taxi. Julia y Marcos.

La lluvia golpeaba con fuerza en los cristales del taxi, deseando entrar en la conversación. El interior, cálido y algo empañado, contrastaba con el exterior, gris y empapado. El limpiaparabrisas marcaba el ritmo de la escena como un diapasón.

—Me llamo Marcos, por cierto.

—Yo, Julia ¿a qué hora tienes el vuelo?

—A las 16:30, a Madrid con Air Europa.

La chica volvió a sorprenderse y, en voz baja, musitó:

—Y yo.

—Otra maravillosa coincidencia, entonces —rio— he venido andando desde el puerto, no había manera de encontrar un taxi en el salón náutico, con esto de la lluvia toda la gente se ha ido.

—El salón náutico —murmulló— ¿eres ingeniero naval?

—Culpable. ¿Cómo lo ha adivinado?

—¿Cómo lo “has” adivinado? ¿Recuerdas que te permití tutearme?

—Perdón, no es por su edad, es por educación, quiero decir —comenzó a farfullar— no quiero decir que sea usted mayor...que seas...j***...y encima he dicho una palabrota...

Julia soltó una risa pura, que despejó el aire y retomó la respuesta para liberarle de la tensión.

—Lo he adivinado por tu mención a la exposición náutica, por el tubo portaplanos que dejaste en el maletero y porque me recuerdas mucho a un familiar mío que lo era.

—Tres casualidades ya...esto empieza a parecer el destino.

Sonrió una vez más por lo acertado y cómico del comentario, pero también porque el chico, por fin, parecía haberse relajado, mientras continuaba hablando.

—Somos una especie en extinción —argumentó, categórico.

—¿Por? —se interesó su interlocutora.

—Ya no importa el diseño ni la estética, todo lo controlan los comerciales y los de marketing, que se limitan a contar euros. Aunque la palabra ingeniero proviene del latín “*ingenium*”, en aquella época los llamaban “*architectus navalis*”, literalmente, arquitecto de barcos, porque diseñaban para que fuera funcional, pero sobre todo, han renunciado a lo importante.

—¿Y eso es?

—El mar.